

La lucha por América Latina¹

Las injusticias y los errores del último libro de Carleton Beals. Los proyectos del Japón.
La conferencia de Lima. Críticas a Roosevelt. Errado concepto de Colombia.

¹ Sanín, 1939, p. 1.

Con su autoridad de perito en cosas de la América Latina, al señor Carleton Beals se ha hecho un tanto Intransigente. Es verdad el contenido del dicho popular, según el cual el mucho saber perjudica. Sin embargo, a las personas que conocimos antes del Estado de espíritu dominante, en la unión saxo-americana, respecto a los países del Sur, es confortante leer los trabajos del señor Beals, a pesar de su intolerancia. Hace cincuenta años los libros en que se documentaba el habitante de aquella unión para dar sus opiniones sobre la América del Centro y la del Sur eran las novelas de Richard Harding Davies, y los libros de memorias laboriosamente compilados por la diplomacia de aquel país sin nombre.

A veces algunos presidentes como Teodoro Roosevelt, y secretarios de Estado como Knox, exoneraban de materia superflua sus cerebros abrumados por el trabajo llamándonos «bandoleros», «salvajes» y «filibusteros». Harding Davies, el novelista, cultivaba lo que en sentir suyo y de sus conciudadanos se llamaba el género cómico. Sus campos de exploración eran las repúblicas centroamericanas y eran de oír las regocijadas explosiones del novelista haciendo presente su confusión ante las relaciones diplomáticas de estos países. Harding Davies reía a carcajadas exponiendo las perplejidades de su espíritu para decir si la república estaba en paz o en guerra con el Estado de la América Central. El hecho de que se combatiera sin previa declaración de guerra, le parecía la más burda violación del derecho internacional, y era a un mismo tiempo la situación dramática más en-

tretenida y curiosa. Los tiempos han variado. Hoy le hacen la guerra, sin declararla, dos naciones a España, y en vez de considerar la omisión como fuente de situaciones entretenidas, las naciones cultas cierran el cerco en imitación de las galleras y se dan a contemplar el espectáculo con seriedad de carniceros.

Ahora ocurre, por ejemplo, que al apoderarse Alemania de Checoslovaquia, Polonia, con grande alacridad, y Hungría, en su seguimiento, se apresuran a tomar parte del despojo, usando de la fuerza con un Estado indefenso. Sin completarse el año, Polonia se duele, ante sus amigos del momento, haciendo presente cuánto le ha perjudicado la conquista alemana de Checoslovaquia, en el desarrollo de sus planes de defensa. Espectáculos de esta clase eran muy entretenidos para Harding Davies en sus excursiones por el mar Caribe, y los libros surgentes de tales preambuciones no solo eran éxitos de librería en su afortunada patria, sino autoridad en materias centro y suramericanas.

Carleton Beals, hay que confesarlo, está mejor informado, y si bien a veces cultiva el chiste, lo hace menos a menudo, aunque con el más detestable de los gustos. Por ejemplo, a la página 34, dice: «Rubén Darío, el mayor poeta de la América Latina, nadó a la luz de las velas en la pequeña Metapa de techos de paja, en Nicaragua. Ahora es posible copiar su fe de bautismo merced a las bombillas japonesas de luz eléctrica». Esto para reforzar las pruebas de que el Japón y su industria se están apoderando del comercio latinoamericano. Aun del retruécano se vale en sus pro-

banzas este campeón de la independencia suramericana. A la página 134 dice: «A feo white Russians, exprinces and princesses, counts and no accounts... run restaurants and tea rooms». Hay que citar en inglés: el chiste es tan humilde que apenas satisfaría el gusto de los menos exigentes latinoamericanos. Baste decir que el ingenio rueda sobre las palabras «conde» y «cuenta» como para insinuar que las gentes de ese título no las tienen o no las pagan.

El libro del señor Beals tiende a mostrar que, de acuerdo con la situación general de estos países, con la clase de gobiernos a que están sometidos y con las ambiciones y procedimientos, de las naciones sometidas a regimenes totalitarios, la América Latina está condenada a caer inexorablemente bajo el dominio del fascismo en sus diferentes manifestaciones. Por ahora el peligro dimana del Japón, en primer término; de Italia, en segundo y de Alemania, en una época más remota. El peligro no existe únicamente para estos países. Conquistados alguno o algunos de ellos por el fascismo, la unión saxoamericana quedaría gravemente amenazada.

El análisis del peligro cae bajo los síntomas del histérico, sin lugar a duda. El autor descubre amenazas en la naturaleza misma de los países americanos, en las ambiciones nacionalistas y comerciales de los países europeos y en la clase y número de los inmigrantes radicados en las Américas del Centro y del Sur y en México. En algunos puntos su información es a todas luces inadecuada, por ejemplo, cuando afirma que en Colombia hay «muchos» italianos (página 88). Este número seguramente no llegaría a mil. ¿Puede hablarse correctamente de muchos en una población total de diez millones, a lo menos, de naturales? Este es uno de los vicios fundamentales del libro y del pensamiento de Beals: afirma con osadía, valiéndose de términos cuya relatividad dice mucho para el lector incauto, pero que

debidamente analizada muestra su falta de significado.

En el libro abundan las palabras «many», «mostly», «ahoays» un tanto desconsideradamente.

Se acuerda uno del dicho «you can most ahoays sometimes tell». Ejemplo: dice a la página 102. «En la Argentina la verdadera influencia extraña es naturalmente la de la Gran Bretaña. Ningún peso de importancia dan allí sin consultar al ministro británico». «Ningún peso de Importancia» es mucho decir y equivaldría a una ofensa, si tuviese significado. Las relaciones entre la Argentina y la Gran Bretaña son cordiales y estrechas por los intereses de vasto significado económico que las ligan, pero el argentino es tan celoso de sus prerrogativas nacionales como el más celoso que se conozca. De paso es bueno observar que el libro de Carleton Beals apareció en 1938 y su autor ignoraba entonces que hace varios años la legación de la Gran Bretaña en la Argentina ha sido elevada a embajada.

Aunque el libro de que se trata está lleno de cifras estadísticas y de afirmaciones perentorias, quien lo analice de cerca puede hallar numerosos conceptos que como los señalados se apartan de la realidad en materia grave. El autor hace esfuerzos inauditos por dar la impresión de imparcialidad, más no suele satisfacer la conciencia de sus lectores por su falta de serenidad. Es manifiesta su cálida prevención contra Colombia. Él sabe, por ejemplo, que en materia de libertades, nuestro país es modelo para las democracias del mundo, y, sin embargo, cuando habla de que Latinoamérica está sometida a una ta-

rifa de dictadores excluye a Costa Rica sin atenuaciones y a Colombia a regañadientes. Habla de que toda Latinoamérica, fue franquista, y al exceptuar con reservas a Colombia, olvida la actitud del congreso, de la mayor parte de la prensa y de la opinión insofisticada de este país.

Importa hacer presente que el señor Carleton Beals usa de un procedimiento curioso para arrasar, no sin fácil complacencia, todos los sistemas políticos del continente. Las dictaduras reales y las imaginarias desde Washington hasta Buenos Aires le hacen, en su concepto, el juego al sistema fascista en sus dos apariencias más conocidas, y los gobiernos verdaderamente democráticos como el actual de Chile y el que rige en Colombia hace muchos años, no son más que, anticipes del comunismo. Hablando de Chile, dice (página 157) que allí «están empedrando el camino para el comunismo». Dentro de los precisos términos del dilema no hay salvación: un médico prudente solía decir, frente al lecho de sus enfermos: «Si le sangran, muere; si no, perece».

Es de justicia, sin embargo, advertir que la poderosa y aventajada patria de Carleton Beals sufre, bajo su pluma, de acometidas vehementes. No puede el lector olvidarse de estar escuchando al autor de una biografía de Huey Long, tipo de autócrata fascista, surgido en medio de la organización democrática más antigua del continente. El comunismo y el fascismo ocupan de tal modo las esferas del pensamiento del señor Beals que ni aun a su propio y venturoso país lo considera en satisfactorio estado de defensa contra las asechanzas de estas nuevas máquinas inventadas ahora contra la civilización. Su patria le inspira serios temores y la nueva declaración de buena vecindad no satisface las exigencias de su espíritu previsor, asaltado de incertidumbre ante lo que él llama incomprensión absoluta de la conciencia de estos países por parte de los estadistas de Was-

hington. Son ásperas sus palabras de crítica, a la en su concepto excesiva buena fe del secretario Hull.

No sería posible sin rivalizar en latitud con el libro de Beals, examinar uno a uno los puntos debatibles que en él abundan. En el capítulo décimo señala con marcada complacencia los siete errores fatales que le sirven de base a la política del buen vecino. El primer error está concebido en los siguientes términos: «La creencia de que el hemisferio occidental es una unidad, de que en él todos los países tienen intereses idénticos, simplemente porque están en la misma parte del mundo». De esta manera de razonar se desprende que si dos personas tienen intereses distintos, aunque no contradictorios, no pueden vivir en términos de buena vecindad. El individuo que comercia en maderas no puede vivir como buen vecino con el que ejerce satisfactoriamente la industria de tejidos. No se le puede hacer a la inteligencia del lector la injuria de adelantar la discusión lógica sobre semejantes premisas. Ahora supongamos que los intereses sean contradictorios. En tal caso si son legítimos no es imposible ejercitarlos en perfecta armonía. Es diario y fácilmente observable el caso de países industriales, cuyos productos buscan y explotan unos mismos mercados, sin que por eso, el uno deje de observar para con el otro tácticas de la buena vecindad. La rivalidad no envuelve desarmonía sino entre organizaciones mentales de carácter primitivo. Esta mentalidad ha dado origen al fascismo, pero los mismos creadores y propugnadores de este lamentable estado de conciencia afirman que desean vi-

vir con todas las naciones vecinas en paz y tranquilidad.

Hay entre los países de América lazos naturales de entendimiento. Han menester todos de la paz. Sus sistemas de gobierno, aunque degeneren como en el caso de Luisiana con Huey Long de Jersey City con Hague y de algunas repúblicas latinoamericanas con sus dictadores, tienen la base democrática. Esa aspiración, aunque no haya llegado a realizarse en la práctica puede llegar a ser lazo vigoroso y utilizable. En algún tiempo la unión saxoamericana tuvo tendencias a crecer territorialmente privando a sus vecinos de natural y antigua jurisdicción sobre hombres y comarcas. El señor Carleton Beals reconoce que de un tiempo a esta parte esa proclividad no existe. Ha dejado de ser propósito en los gobiernos de Washington, no por razones de sentimiento sino por el resultado de una penosa experiencia. La práctica enseña que es mejor explotar humanamente sin la responsabilidad de la administración política que asumir el dominio de pueblos pertenecientes a otras razas y educados por otros sistemas.

Para sostener sus flacos razonamientos sobre esta materia, afirma el autor de la *Lucha venidera por la América Latina* que los países latinoamericanos son más divergentes del punto de vista racial que «muchos países de Europa». La forma de expresión es ambigua, pero en ninguna de las posibles interpretaciones corresponde a la realidad. Estos países tienen todos en cantidades variables y predominantes orígenes ibéricos, sangre de indios americanos y en pequeña escala de negros importados. La naturaleza y la mezcla con razas más fuertes y más adecuadas a las partes de más densa población en el continente tienden a hacer desaparecer al negro. La Inmigración europea en diversas proporciones ha modificado levemente en algunas regiones el tipo ancestral. Pero basta observar en los concursos de latinoamericanos de

toda procedencia el tipo dominante para convencerse de que cualquiera que sea la mezcla de aquellos elementos, el clima, la tradición, las formas de vida están unificando el ser humano en la parte del continente dominada un tiempo por el español y el luso.

Nadie invoca hoy el concepto de raza para explicar científicamente costumbres o para determinar rumbos históricos. El clima físico, la educación, las necesidades vitales, la tradición obran más fuertemente para señalar curso a los pueblos que sus orígenes raciales. Alemania y la Gran Bretaña tendrían, de aceptar el criterio de raza, más vínculos que tudescos e italianos. La vida contemporánea está manifestando lo que valen los vínculos de raza. En América más que los orígenes comunes obran el ambiente, la educación, las tradiciones y un sentimiento presente a todas horas en el alma del americano: el sentimiento de la unidad. La palabra europeo no tiene significado fuera de la noción geográfica: no habrá quien se atreva afirmar lo mismo respecto a las asociaciones que evoca la palabra americano.

En otro punto disipa el señor Carleton Beals las energías superfluas de su bien amueblada inteligencia. Gasta dos páginas para probar la falacia que contienen las siguientes suposiciones imaginadas por él mismo: Nuestra creencia en que la América Latina nos ama, porque ahora nos mostramos para con ella en actitud amigable más bien que agresiva, y en que cuando quiera que lo apetezcamos la América Latina se complacerá en amarnos, es otro de los errores del Washington de hoy ampliamente analizada por el autor.

El amor de unos pueblos hacia los otros es sentimiento de infinitas y contradictorias manifestaciones. En la mayor parte de los casos asisten simpatía, compasión, deseo de servir, admiración, pero amor en toda la extensión del significado anexo a este vocablo no existe nunca. El sentimiento de las diferencias es más vivo y tenaz que el de las semejanzas y el recuerdo de las antiguas ofensas o querellas es más duradero que el de los beneficios. Una de las vallas que el tiempo y la conducta de la Unión han levantado entre ese país y los de Latino América es la creencia mantenida en éstos de que la doctrina Monroe fue proclamada y ejercitada en las relaciones de Washington con los otros pueblos de América por amor a estos. Los gobiernos saxoamericanos no adolecieron nunca de amor a la América Latina, ni están enfermos de esa dolencia. Por lo que hace al grueso de los habitantes de la gran República, su actitud ha sido la de una ignorancia inamistosa. La América Latina es para ellos una vaga noción acerca de pueblos medio salvajes, algunos de ellos compradores posibles.

Algunos pensadores de la América Latina se han dado cuenta siempre de que la doctrina Monroe no fue inspirada por el amor a las repúblicas del sur, sino por las altas necesidades de la propia seguridad. Oponiéndose aquellos Estados Unidos a la conquista de territorio en la América Latina, garantizaban la inviolabilidad de sus propias fronteras. El amor nada tenía que hacer en la expresión de aquella voluntad nacional, según se ha visto en México, en Panamá, en el trato que han recibido naciones isleñas y centroamericanas.

Por su parte Latino América, aunque en parte convencida de que en Washington abundan en sentimientos afectuosos para con nosotros, no disipaba su amor aplicándolo a la conducta de los saxoamericanos para con nosotros. El comercio ha contribuido en los últimos setenta años a estrechar las relaciones materiales. El amor no ha tenido en

ellas función determinante. Pero hay un sentimiento general favorable en la América Latina, para con la República de Washington. Es la admiración. Por desgracia, lo que se admira en aquel pueblo no son sus virtudes reales, ni la talla intelectual de sus pensadoras, poetas, estadistas y técnicos sino la enormidad de sus creaciones materiales y la exagerada noción que por acá se tiene de su inventiva en asuntos de ciencias físicas y de mecánica. Sobre este sentimiento que es real y de vasta difusión en el continente pueden fundarse lazos políticos duraderos y de solidez apreciable.

No deba olvidarse leyendo el libro del Sr. Carleton Beals que su principal objeto es criticar acerbamente la política de la actual administración democrática en su país, por la manera como dirige las relaciones con los países del Sur. Teniendo esto presente el libro está lleno de enseñanzas útiles. Tampoco debe olvidarse que el autor obra bajo el terror visceral que le inspiran el fascismo y el comunismo en conjura tenebrosa contra sus nociones de libertad y contra la autonomía de estos países. De este punto de vista las tribulaciones del autor, aunque parezcan infundadas, o a lo menos teñidas de vaga exageración, merecen toda la simpatía del continente. Por último, y en este punto el autor contará con grandes simpatías al sur de la línea equinoccial, su libro parece escrito principalmente en honor y en defensa del aprismo. Un cuadernillo entero fue agregado al volumen cuando el tiro estaba hecho. De la página 390 en adelante el libro no tiene numeración. Un capítulo entero, de una ferocidad transparente

y seráfica, dedicado a la conferencia de Lima y a la delegación saxoamericana, se añadió al libro ya impreso y paginado, con el fin a todas luces plausible de prosperar la causa de los oprimidos en América.

El libro es de fácil lectura; a veces demasiado fácil. Contiene cargos de imponderable gravedad internacional no apoyados, por desgracia, como alguno de los señalados, en pruebas de documentos ilustrativos. Acaso el autor reserve las pruebas para una segunda edición. Sólo que algunos lectores acaso no llegarán a leerlas. Se cuenta el caso de un estudiante de alemán que abandonó el noble propósito por haber descubierto que el sujeto de una frase estaba en la primera página y el verbo al principio del segundo tomo.

B. Sanín Cano.

Referencia bibliográfica

Sanín, B. (1939, 21 de mayo). La lucha por América Latina. El Tiempo (Sección 2ª).

Es diario y fácilmente observable el caso de países industriales, cuyos productos buscan y explotan unos mismos mercados, sin que por eso, el uno deje de observar para con el otro tácticas de la buena vecindad. La rivalidad no envuelve desarmonía sino entre organizaciones mentales de carácter primitivo. Esta mentalidad ha dado origen al fascismo, pero los mismos creadores y propugnadores de este lamentable estado de conciencia afirman que desean vivir con todas las naciones vecinas en paz y tranquilidad.